

Francisco De Roux

**ECONOMIA Y ECONOMISTAS
EN LA ENCRUCIJADA**

Es común actualmente que se hable de la crisis de las ciencias sociales. Este artículo está pensado en el contexto de la discusión sobre esa crisis. Plantea inquietudes que en alguna forma interesan a científicos (o cientistas) de las diversas disciplinas. Sin embargo centra su atención en la economía y los economistas, una tarea y un grupo humano que trabaja mano a mano en un quehacer que es interdisciplinario.

Las ideas aquí presentadas han sido discutidas en nuestro seminario de investigaciones sociales en CINEP. Lo que intentamos hacer es un aporte a la discusión sobre el sentido de la investigación económica, para una conversación en torno a los límites de nuestra tarea, a la relevancia o autoridad de nuestros resultados, al problema de los intereses y de las ideologías, a la búsqueda de objetividad, a las relaciones entre coyuntura y estructura y a la posibilidad de pensar la economía desde la lógica de las mayorías.

I

En primer lugar es necesario poner sobre la mesa los límites de nuestro aparato científico. Los economistas nos

hemos equivocado demasiadas veces para que nos quepa la ilusión de dominar los fenómenos que tratamos de explicar y sobre los que hacemos predicciones. Desde el seno mismo de los académicos de nuestra disciplina Lester Thurow (1984) (1), ha mostrado cómo nos quedamos cortos casi en todos los campos al intentar comprender y explicar lo que decimos conocer. Leontieff (1984) (2) ha planteado que nuestro alcance es tan precario que nuestras formulaciones matemáticas van frecuentemente de supuestos brillantes, más o menos arbitrarios, a conclusiones teóricas tanto más precisas cuanto menos relevantes; y J.B. Ward (1984) (3) se declara estupefacto ante el daño hecho por los economistas con predicciones erróneas y sugiere que el núcleo del problema está en que el apasionamiento por la econometría y los computadores nos ha hecho abandonar los conceptos filosóficos de la economía.

Sin embargo la economía no es menos ciencia por ser una ciencia limitada. La noción antigua (clásica) de ciencia, formulada por Aristóteles en los *Analíticos Posteriores*, sostenía que la **ciencia** es un conocimiento verdadero, en que se tiene certeza de causas necesarias. Toda la ciencia moderna —incluida la economía— tiene pretensiones mucho más modestas. No es conocimiento, sino búsqueda de verdades de hecho; no posee certezas sino conjeturas, hipótesis, a veces sólo la opinión más aceptada; no es de causas necesarias sino de relaciones internas con que se trata de explicar los fenómenos. Y no sólo se acepta con modestia esta limitación sino que es raro hoy el que no piensa que toda verdad, si es científica, es refutable (falseable).

II

En segundo lugar es necesario que nos preguntemos qué hacemos cuando hacemos economía. Algunos piensan que hacer

(1) THRUROW Lester, *Dangerous Currents*. Vintage, N.Y. 1984.

(2) LEONTIEFF V, *Time magazine*, agosto 27 de 1984.

(3) WARD Joseph B. *Time magazine*, septiembre 17 de 1984.

economía es estimar funciones de ingreso o hacer modelos matemáticos. Hacer eso como parte de un aparato huerístico, en una ciencia que es mucho más compleja, puede ser importante e imprescindible a veces. Hacerlo y limitar a eso la economía es destruir, por reduccionismo, la ciencia económica. El profesor Morishima, en la London School, terminaba su curso de economía matemática en 1981 diciéndonos que la economía estaba lejos de la limpieza matemática de los modelos que él venía trabajando hacía 25 años. "Si ustedes quieren aprender economía, advertía, lo que les he dado sirve muy poco; estudien historia, ciencias políticas y biología, que la economía se parece mucho más a la vida que a los teoremas de Morishima".

Lo cierto es que si bien debe dársele a la economía toda su independencia académica y científica, sólo hay saber económico en un contexto interdisciplinario de ciencias sociales que permite seguir el perfil económico de un problema que es a la vez antropológico, histórico, político, de lucha de clases, geopolítico, etc. Si no se conoce suficientemente el contexto en que emerge el problema, no es posible llegar a explicarlo meramente con instrumentos económicos.

Quizás por eso Adam Smith, Carl Marx y Keynes, lejos de trabajar los problemas aislándolos de su contexto, lo que hicieron fue dar enfoques muy globales y comprensivos de la sociedad que vivieron y que trataron de conocer a fondo. Creadores de grandes enfoques —o paradigmas, como diría Tomas Kuhn (1970) (4)— plantearon rigurosamente el problema económico pero articulado a la historia y a las luchas de sus contemporáneos.

III

En tercer lugar, se plantea el problema de la relevancia o de la autoridad que tienen las conclusiones de los econo-

(4) KUHN, T., *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, U.P. 1970.

mistas. Porque no pocas veces confundimos la importancia que creemos tener en la sociedad con la que realmente tenemos.

Algunos piensan que los economistas debemos tener la autoridad y relevancia de unos científicos sociales superiores por su capacidad de visión al hombre práctico, de sentido común y de cultura popular. Sin embargo nuestra autoridad científica o nuestra relevancia social es mucho más dependiente del conocimiento popular de lo que a veces pensamos.

Primero porque mucho de lo que escribimos es mero sentido común, mero conocimiento ordinario, disperso dentro del mundo en que nos movemos. No hay que olvidar que todos echamos mano, en una sociedad concreta, de una montaña de conocimiento ordinario, de sentido común, que hemos recibido como matriz cultural con las especificaciones de la clase social a la que pertenecemos.

Segundo, porque generalmente sólo podemos avanzar confiadamente cuando lo hacemos afianzados en el conocimiento popular, frecuentemente usando un montón de conocimiento popular para refutar o confirmar otro montón.

De hecho la gente no está dispuesta fácilmente a darnos una autoridad superior a la de su conocimiento práctico. Al contrario, el conocimiento popular de hombres de negocios, empresarios y proletarios desconfía de los economistas porque saben de los juicios de valor y de los intereses implícitos en nuestros planteamientos, o porque saben que para cada problema hay por lo menos dos respuestas diferentes entre los economistas. Y la gente seguirá simplemente la que confirme su conocimiento de sentido común. Finalmente, los empresarios y los obreros saben que nuestras conclusiones cambian, lo cual es inevitable si son científicas; y saben que lo que hoy presentamos como cierto o muy probable, posiblemente lo presentaremos de un manera diferente dentro de dos años.

En conclusión, como lo han planteado Lindblom y Cohen (1979) (5) nuestra autoridad o relevancia es dependiente. Ejercemos una labor concomitante y complementaria al conocimiento popular. Muchas veces todo lo que hacemos con nuestro aparato científico es confirmar o refutar un aspecto de la montaña de conocimiento popular sobre cuestiones económicas, pero no podemos sustituir la montaña.

IV

En cuarto lugar hay que tener en cuenta que también la Praxis social recorta la necesidad que la sociedad tiene de los economistas. Contrariamente a lo que a veces pensamos la interacción humana y las luchas sociales —políticas o reivindicativas, movilizadoras o revolucionarias, de presiones de clase o de gremio— resuelven los problemas sin necesidad de que haya un científico social que haga un análisis previo de la situación, establezca cuál es la solución y planee los pasos que debe implementar la gente. Erróneamente pensamos a veces que la acción es para implementar un objetivo que los economistas —científicos sociales— hemos planeado. Lo cierto es que muchas veces la acción de la gente es en sí misma la forma alternativa de resolver un problema sin necesidad de estudios científicos previos. Más aún muchos problemas se resuelven así a diario y muchos fenómenos que no hay cómo atacar directamente, en forma conclusiva, con soluciones científicas, se aclaran y se arreglan en la práctica al resolverse otros. El debate sobre la contracepción, por ejemplo, que podría empantanarse en nuestra sociedad concreta por los planteamientos de un sector de la Iglesia Católica, se resuelve indirectamente con la praxis de la conquista de la igualdad entre los sexos. Por consiguiente, en muchos casos, tampoco puede nuestro conocimiento sustituir la acción, a la lucha y la presión social, mas bien, con una rigurosa disciplina, debemos estar al servicio de los procesos prácticos contribuyendo a clarificarlos y a fortalecerlos.

(5) LINDBLOM Ch., y COHEN D., *Usable Knowledge*, Yale, 1979.

En quinto lugar, hay que tener presente que la economía es una ciencia impregnada de juicios de valor y de intereses. No solamente leemos la realidad desde nuestra matriz de clase social, cultural y psicológica, sino que trabajamos con un ideal implícito o explícito de sociedad, en una ciencia que quiéralo o no, tiene mucho de normativo. La escuela de Frankfurt ha contribuído enormemente a hacernos ver este aspecto central en la economía. Somos legitimadores de un sistema, o críticos, o reformistas, o revolucionarios. Kuhn (1970) ha mostrado que nos movemos dentro de paradigmas y estos paradigmas no descansan meramente en parámetros científicos. Otra forma de plantear las cosas es decir con Lonergan (1957) (6) que nos movemos desde horizontes, que cada horizonte se define por un campo máximo de visión (objeto), desde una posición determinada (sujeto), y que nuestro horizonte es previo a la definición que damos a los términos que empleamos al hacer economía. Se sigue de aquí que problemas y soluciones son lo que son en términos del horizonte en que surgen y no pueden ser pasados a otro horizonte sin que cambien de sentido. Así, un problema planteado en un horizonte marxista o radical no puede ser trasladado a un horizonte liberal o keynesiano sin cambiar el sentido del problema, de manera que al hacer el traslado y responder al problema se está dando una respuesta que tiene sentido dentro del horizonte keynesiano pero no dentro del horizonte marxista.

A pesar de estar condicionada a paradigmas e intereses la economía no deja de ser ciencia con todo su status académico y metodológico. Al contrario, son los intereses de grupo y de clase y el **Cui bonern fuerit** ("a quién le sirve" lo que hacemos) lo que presta motivación y fuerza a nuestro trabajo científico. Pero tanto más útil será éste cuanto más consciente sea de los intereses y los presupuestos sociales que lo mueven.

(6) LONERGAN, B. *Insight*, Longmans, N.Y. 1957.

VI

En sexto lugar, hay que mantener como condición de la actividad científica, que la investigación se hace con la intención de ser objetiva. Es decir que a través de una construcción heurística, que hacemos nosotros, utilizando métodos e instrumentos de la economía, tratamos de ir de los datos a su explicación a través de teorías, elaboraciones conceptuales rigurosas y constataciones estadísticas, y de las explicaciones a juicios de hecho, en que expresamos que se han llenado las condiciones para que un fenómeno se dé en la realidad como nosotros explicamos.

Nuestra intención es llegar a incondicionados de hecho (**de facto**); o, en otras palabras, a condicionados históricos que llenan sus condiciones. Cuando afirmamos que un problema económico se da en una sociedad y afirmamos que se da de una manera determinada y con una frecuencia determinada, queremos significar que el problema en cuestión **no** ocurre con una necesidad absoluta, que solamente se da si se llenan ciertas condiciones; que nuestro conocimiento del problema no es necesario y que depende de ciertas condiciones; **pero que las condiciones se han llenado** y podemos afirmar su realidad como un incondicionado de facto (un condicionado que ha llenado sus condiciones); y afirmamos que conocemos el problema porque hasta donde llega la información que tenemos no ocurren más preguntas pertinentes (7).

Pero si la economía tiende a la objetividad hay que señalar que la objetividad no está en los datos. No sólo porque no hay dato puro, como lo plantea toda la epistemología crítica, sino también porque los datos son simplemente aquello sobre lo cual preguntamos por una explicación. Con todo hay que mantener que sin datos no hay investigación ni objetividad. Por otra parte hay que señalar que

(7) LONERGAN, *ibid.*

la mejor explicación conceptual o matemática, (la explicación **más rigurosa** como diría Koodmans) no es todavía objetividad. Y se está a medio camino cuando se tiene la mejor explicación. Y tampoco es el final el mejor resultado estadístico. El paso por el rigor formal y la captación de la frecuencia ideal (probabilidad) son pasos necesarios. Pero las exigencias de la objetividad piden más que eso. Hay que llegar al juicio de hecho: "esto es así en la sociedad en cuestión", y ese juicio no se logra sino al final del proceso que requiere de la interdisciplinarietà científica.

Sin esta intención seria de objetividad y sin la paciente búsqueda a través de rigurosos aparatos huerísticos, la economía puede ser mero idealismo: la ciencia de los posibles; u ocasión de presiones políticas partidistas; o un brillante malabarismo intelectual de nominalistas o de cínicos; cuando no un juego de irresponsables que se divierten organizando datos, pero a sabiendas de que nada de eso tiene que ver con la realidad.

VII

En séptimo lugar hay que aclarar la tensión entre coyuntura y estructura. Algunos piensan que la investigación económica debe optar por uno de estos dos aspectos prescindiendo del otro, lo cual es un planteamiento equivocado. Lo importante es establecer, con suficiente claridad, las relaciones entre los dos términos. Porque los dos hacen parte de un mismo universo. No existe un mundo aparte, de leyes estructurales y de largo plazo subyacente a un mundo externo de apariencias coyunturales. Quien piensa así está todavía en los tiempos escolásticos de la substancia y el accidente y trabaja con la noción aristotélica de ciencia. La coyuntura es **tota quanta** expresión de una estructura, es ininteligible si las leyes formales (estructurales) que establecen sus condiciones y jamás es un fenómeno aislado aunque la ocurrencia de sus condiciones, por tratarse de ocurrencias de facto y no necesarias, sólo puede establecerse por leyes estadísticas.

VIII

Finalmente, si la economía es una ciencia que tiende a la objetividad a partir de intereses, es legítima la intención de pensarla desde los intereses de las mayorías. La Curva de Lorenz de distribución del ingreso y de la propiedad, las tablas de composición del consumo de las Encuestas de Hogares y la estratificación social de las ciudades nos dicen quiénes son en una sociedad concreta las mayorías. Más aún, cuando las mayorías no participan de las ganancias del crecimiento porque se colocan ampliamente por debajo de la media del ingreso nacional, la legitimidad de este enfoque se torna en necesidad. No se ve cómo pueda establecerse un equilibrio económico basado sobre la explotación y la exclusión de las mayorías. Se consigue solamente un proceso en desequilibrio que va de auge en colapso, y donde cada crisis deja un impacto de grandes costos sociales sobre los hombros de los perdedores. Y si la estabilidad económica no es posible excluyendo las mayorías, menos lo son la estabilidad política y la geopolítica. A menos que la renuncia a la autonomía nacional y el presupuesto militar contenga provisoriamente la inestabilidad alarmante de una minoría que disfruta de los bienes producidos por todos.

En la adición inglesa de **Small is Beautiful** (8) se puso un subtítulo que sólo muy de vez en cuando ponemos en práctica: **'un estudio de la economía como si la gente importara'**. Podríamos parafrasearlo muchas veces: un estudio de la crisis fiscal como si la gente importara, un estudio de la deuda externa como si la gente importara, un estudio del desempleo como si la gente importara, etc. etc.

El grueso de la teoría económica que se produce y se enseña hoy por hoy no puede o no quiere aceptar que lo que importa es la gente. Y los economistas nos sorprendemos de la escandalosa fragilidad de nuestros modelos, cargados

(8) SHUMACHER E.F. **Small is Beautiful**, 1973.

de incertidumbre, inestabilidad y vulnerabilidad, mientras dejamos por fuera de las decisiones al 70 o/o u 80 o/o de la población activa, prescindimos de la distribución de los ingresos, olvidamos las mayorías que no reciben bienestar social, y aceptamos la renuncia a la autonomía nacional en el manejo de los créditos. Antes que todos los axiomas económicos hay un principio del destino común de todos los hombres y mujeres sin el cual no hay camino hacia "soluciones" sociales, económicas y políticas: todos dependemos los unos de los otros y no es posible el desarrollo económico o la estabilidad política si el desarrollo es sólo para una minoría y las mayorías no pueden participar con todos en la decisión de un futuro común.